





COLECCIÓN HISPANIOLA, 16  
MEMORIAS DE UN ESCRIBIDOR

© De los textos, José Jiménez Lozano

© Confluencias, 2018

[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Diseño de portada: Rodrigo Sepúlveda Cebrián, a partir de un retrato iluminista del siglo XIII, conservado en la Universidad de París, Francia

Diseño y producción: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión y coordinación editorial: María del mar Domínguez Álvarez

Impreso en ESCOBAR IMPRESORES, Almería, España

ISBN: 978-84-947772-9-5

Depósito legal: AL 145-2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

José Jiménez Lozano  
Maestro Idro Huidobro

MEMORIAS DE UN  
ESCRIBIDOR

---



CONFLUENCIAS  
EDITORIAL



## ÍNDICE

EXPLICACIÓN	9
<i>MEMORIAS DE UN ESCRIBIDOR</i>	
RAZÓN DE ESTAS MEMORIAS.	11
I. Los trabajos del escritor	13
II. Las grandes amistades	45
III. La entrevista	77
IV. De lo que le pasó al escritor con un juglar	103
V. La ruta del escritor	121
Nota sobre la bibliografía utilizada	157





## EXPLICACIÓN

**T**ras la publicación de *Maestro Huidobro* en el último año del siglo XX, una historia escrita por unos discípulos suyos de los que solamente sabemos los patronímicos, siempre se creyó que el autor del mismo era quien lo firmaba, aunque no es así, sino que se ha demostrado que prestó su nombre a esos discípulos de Maestro Huidobro, para la publicación como ahora realiza la edición de estas *Memorias de un escritor*, sin poder ofrecer mucha mayor luz sobre la personalidad del autor, pese a la magnífica tesis doctoral de Ana María Martínez, en la Universidad Autónoma de Madrid, en 2012, *El imaginario antropológico de Maestro Huidobro*.

Por fortuna, posteriormente a este estudio, han sido halladas estas *Memorias de un escritor*, que ahora se publican, tal y como se han encontrado, sin notas de ninguna clase, que resultan innecesarias para el buen entendimiento del libro, del que, además se prevé una edición crítica conjuntamente con la biografía de *Maestro Huidobro*; y allí serán expuestas las circunstancias del hallazgo de estas Memorias, y sopesadas las concordancias, discordancias, contradicciones verdaderas o aparentes, y variantes, que ofrecen ambos textos.



## MEMORIAS DE UN ESCRIBIDOR

### RAZÓN DE ESTAS MEMORIAS

Un día, el escritor, que todavía no lo era, encontró a su secretaria, Eudora Olalla, escribiendo en un cuaderno que tenía tapas azules y estaba en blanco y sin empezar y, como el cuaderno era propiedad del escritor, la preguntó: «Y a usted, señorita Eudora, ¿quién la ha mandado escribir?». Pero ella, ese día y por alguna razón desconocida, ni se dignó a contestarle, y miró despectivamente al escritor con sus ojos glaucos como los de la diosa Juno; y entonces, de repente, el escritor se dio cuenta de algo, y dijo: «¡Anda, pero si a mí tampoco me ha mandado nadie escribir!». Y así, de la manera más tonta y sin proponérselo, escribieron las *Memorias de un escritor*, aunque Eudora Olalla se descargó de toda responsabilidad literaria y la colocó sobre una mecedora que había en

la habitación, con un letrado encima que afirmó que había medio copiado, aunque no confesó de dónde, y que decía: «MI MUNDO NO ES DE ESTOS REINOS».

—Lo he puesto como lema de las Memorias —dijo Eudora Olalla—. ¿Le parece bien al señor?

—¡Está bien! —dijo el escritor—. Pero de todas maneras hay que decir que estos reinos literarios son el mundo de España en general, pero no son el Imperio de Constanza, fundación romana de Constancio Cloro seguramente, como verá el lector.

Pero la secretaria dijo que no hacían falta estas aclaraciones ni otras, porque ella ya había escrito:

—«Vale sin añadidos».

Y había firmado:

Eudora Olalla, hermeneuta literaria, dactilógrafa informática, y secretaria.

## I

### LOS TRABAJOS DEL ESCRIBIDOR

**A**ntes y después de pensar en tener la cédula oficial de escritor, porque lo que se dice tenerla no la tuvo nunca, o por lo menos no legalizada y reconocida como debe ser, el escritor trató de dedicarse a otros oficios y anduvo buscando en ellos, pero incluso le oprimía el pecho y no le dejaba respirar simplemente el oír lo que le ofrecían como salario, porque eran trabajos que ponían los pelos de punta, de hasta tres y cuatro horas al día y de pagos escasos, aunque nunca dijeron que los realizarían, y sólo decían a veces: «Lo que sea justo»; pero esto era como cuando en los restaurantes preguntan los camareros cómo se quiere el solomillo, y se contesta que «al punto», que sabrá Dios lo que querrá decir. Pero era peor cuando decían que le pagarían lo que marcara la ley, porque entonces le entraba como pavor, porque ya hubo un escritor, el siglo pasado,

al que le hicieron un juicio y, cuando en él citaron un código, había contestado que era un libro muy peligroso, y lo sabía porque había tenido una vez un ejemplar y, como un día se había arrugado un poco con la lluvia, decidió plancharlo poniéndolo en los raíles del tren de la estación de Atocha, y el tren había descarrilado, aunque no hubo desgracias personales ni sensibles pérdidas, porque el tren había descarrilado despacito porque, en cuanto se percató de que tenía aquel peligroso ejemplar de la ley debajo y que se salía de los carriles, paró.

Porque en aquella época eran así las cosas, porque habíamos recibido una educación estrictamente igualitaria que consistía en que, si un chico te hacía un chichón, tú tenías que hacerle otro. O, si no podías porque la gente arrimada a las letras siempre era más enclenque, tenías que asegurarle que se lo haría un primo o un amigo tuyos en tu nombre, y por delegación también tuya; y se producía enseguida un diálogo en el que se acordaba que lo importante era que no se enteraran los maestros, ni los padres, ni las chicas de la escuela, que eran una esfera superior y nos consideraban como bárbaros y no helenizados; y entonces el que había hecho el chichón presionaba sobre él para que no se notara, con una «perra gorda», una moneda de cobre, que para sí quisiera ser el euro, como presionaría el escribidor mismo en su caso, si tenía que cobrarse de su propio chichón, porque era como cobrar el pago. O sea, chichón por chichón como en el código de

Hammurabí, y la obligación de hacerlo desaparecer con la moneda de cobre, y un buen acuerdo.

Porque no se podía guardar un resquemor durante muchos días, y a lo mejor eran cuarenta de éstos, si tenía que pasar la Cuaresma antes del cobro, porque en este tiempo no se podían ni hacer chichones ni cobrarlos.

Pero de todas maneras, aunque no pasaran muchos días, cuando el chichón ya le dolía poco a quien le había recibido, y el que se lo había hecho pedía perdón de verdad y no perdón de gato rabón, entonces se llegaba a un acuerdo entre los dos, y la cuestión quedaba solucionada, porque además hacían juntos la gramática y las matemáticas, y entonces el perdón, por lo menos de momento, era una cuestión de honor, como la ley del silencio.

Pero el escritor también estudió leyes y otras materias, y lo cierto era que le pareció que Justiniano estaba muy en lo suyo con decir que la justicia era «dare unicuique suum» o dar a cada cual lo suyo; pero como esto, según le dijeron un día en clase, casi nunca había ocurrido en el mundo, él renunció a estos estudios legales y a sus curias y prácticas, y en asuntos parecidos, y comenzó a echar instancias a titulado de otros distintos oficios, cuya respuesta esperó años y años y todavía podría estar esperando a que alguien le contestara.

Y así, se anunció como compañero de conversación a los viejos de la solana que estaban horas

enteras, allí sentados sin abrir la boca, y el escribidor tiraba de sus recuerdos preguntando cualquier cosa y entonces aquellos silencios se convertían en narraciones o discusiones interminables, y al final le daban unas monedas, pero tan pocas, que con ellas no se podía comprar un periódico. Y, a la vez, el escribidor tenía también otra industria para los juegos de los chicos y construcción y reparación de los juguetes, como encargarse de poner puntas a las peonzas en la fragua, o de echar parches en las ruedas de las bicicletas y dar aire a las cámaras; o, para jugar a los indios, un asunto en el que vendía plumas, lanzas de caña, cabelleras cortadas y hasta una silla para el chico que hiciera de Toro Sentado, y un gorro para el que hacía de general, y pistolas y placas de *sherif*; y también linternas mágicas hechas con cajas metálicas, y un servicio de películas pintadas para proyectar a los más pequeños, e igualmente se ofrecía para retorcer mechas de algodón para lámparas y faroles; y fue, sobre todo, cartero de llevar cartas de un chico a una chica, y luego la contestación de ella, que muchas veces tenía que llevarse aprendida de memoria para que, si llegaba a saberse algo, se pudiera negar lo que la chica había contestado. Y tuvo algunos disgustos el escribidor en ese oficio de correo entre traer y llevar cartas escritas o aprendidas de memoria entre enamorados, porque, en este caso, le acusaban de olvidar o de callar algunas cosas, o decir otras que no tenía que decir, así que un día cortó por lo sano, diciendo: